

Yezid Arteta Dávila

**SUDAKAS  
&  
EURAKAS**

(Relatos)

**ICONO •**

## Contenido

Prólogo de Nuria Amat	9
Hoja de ruta para un asesino	13
Mi vida de mono	29
Mil ciento once pasos	41
Estrategia en tres tiempos	91

## Prólogo

Conocí a Yezid Arteta en enero de 2017 en Barcelona, gracias al Seminario Internacional *War and Peace* organizado por el CIDOB (Barcelona Centre For International Affairs) en el que intervinieron Sergio Jaramillo, Javier Solana y María Jimena Duzán. Fue ella, amiga de años, la que se ocupó de presentarnos. Y con su ironía habitual, sentenció: «Aquí tiene a un excomandante de las Farc, que ahora vive en Barcelona». Al momento, nos hicimos amigos.

Además de medio colombiana por adopción, soy curiosa. «Quiero saber de tu vida —le dije en nuestra primera cita—. Tienes una gran historia detrás. Debes escribirla». El discreto Yezid me anunció entonces que tenía publicados varios libros. Los traía de regalo. Guerrillero y escritor, se formó en la selva, leyendo libros, escribiendo cuando podía y enseñando a leerlos. Y en este encuentro y los siguientes comenzó a desgranar su pensamiento, memorias y experiencias.

Pasó más de diez años en prisión. Allí fue testigo de otra realidad. En los pabellones de alta seguridad donde transcurrió su cautiverio se cruzó con delincuentes de cuello blanco, capos de la droga, jefes paramilitares, asesinos en serie y sicarios. Como prisionero trató con los narcotraficantes más poderosos del planeta, tales como los hermanos Rodríguez Orejuela y Fabio Ochoa Vásquez,

HOJA DE RUTA  
PARA UN ASESINO

*A Thais y su gatito*

IBA A APRETAR el gatillo del revólver, pero un despiste que no demoró más que un abrir y cerrar de ojos me hizo dudar. Mi dedo índice quedó congelado sobre el disparador del arma con la que apuntaba a la cabeza del hombre. Era un borracho que meaba como un burro contra las ruedas del contenedor de basuras de la calle Giné i Partagàs. No estoy seguro si el despiste tuvo que ver con la súbita aparición de un taxi que iba barriendo con sus luces la alameda en la que me ocultaba. El taxista detuvo el coche en la intersección de la calle de la Maquinista con Giné i Partagàs y esperó un rato a que su cliente cruzara la calle y entrara al portal de un edificio ruinoso. Era una silueta altísima, descarnada, que lucía una chaqueta marrón y calzaba unas botas de tacón alto del mismo color que le llegaban a las rodillas. Parecía recortada de las páginas de una revista pornográfica de los setenta o una de travestis de los ochenta. La mujer o el travesti hizo que me olvidara del borracho, tanto que cuando volví la mirada hacia el contenedor de basuras el único rastro que quedaba de él era un charco de meado. Quizá mi destino hubiera sido otro si aquella noche me hubiera cargado a aquel hombre.

Trato de recordar qué fue lo que me hizo levantar de la cama como un resorte. Estaba leyendo un entretenido folletín de Alejandro Dumas cuya trama discurría alrededor de una conspiración en La Haya dirigida a apoderarse

de unos bulbos de tulipán negro. Fue un impulso extraño, ajeno a mi voluntad, que me hizo abandonar el calor de mi lecho para exponerme en la calle a los ramalazos de viento que desde media tarde azotaban con rabia los ventanales del piso donde vivía de alquiler. Era una azarosa noche de otoño cuando salí ocultando un revólver en el abrigo. Iba con una sola obsesión: matar al primero que me topara en las callejuelas del arrabal de La Barceloneta, barrio en el que había recalado luego de mi inquietante estancia en Latinoamérica.

Esto puedo contarlo serenamente desde una de las habitaciones de la masía de mi amiga Covadonga Sanfeliu. Ella, en un acto de comprensión con mi lamentable estado, me ha dejado pasar una temporada en el Valle de Cerdanyola aprovechando que sus padres se han ido de vacaciones de verano a la costa de Galicia. Aquí, recluido en esta vieja casona de piedra, apuntalándome uno que otro porrito, trato de hacer memoria de cuáles pudieron ser los orígenes de mis extravíos criminales. Culpo, aunque parezca extravagante, a la pseudociencia y al Ayuntamiento de Barcelona de haber espoleado mi inclinación homicida. Los que leen este testimonio pensarán que semejante afirmación no es más que el resultado de mis alucinaciones o una derivación del estado febril que me ha diagnosticado el doctor Alós, siquiatra del Hospital del Mar. Los medicamentos que están sobre la mesita de noche han conseguido aliviar mis angustias y desvaríos, aunque, para ser sincero, la medicina que calma mis malos pensamientos es la marihuana que me trae Covadonga de unos cultivos a cielo abierto que llevan unos chicos en Granollers.

Yo nunca había disparado un arma. La única con que lo había hecho era una pistolita de agua que me regaló

mi abuela materna durante una Fiesta de Reyes. La vieja me dio además una peonza de madera pintada con los colores del Barça. Mi crianza —si este dato pudiera interesar a un estudiante de posgrado en Psicoterapia Existencial— estuvo a cargo de ella, quien había nacido en un pueblito de la provincia de Girona, vivido en Barcelona y por último enterrada en el cementerio de Montjuic. Ella se hizo cargo de mí porque mis padres, atraídos por el cuento del chamanismo y el socialismo libertario, me dejaron tirado cuando apenas balbuceaba. En mi adolescencia, supe que abordaron una embarcación en el puerto de Barcelona rumbo a las costas de Guyana, desde donde seguirían a pie hasta una remota comuna localizada en la frontera con Surinam. La ilusión de mis padres fue desbaratada por una tormenta tropical en el Caribe, de modo que se ahogaron junto con todas sus utopías. Un clan de indios guajiros que llevaba contrabando de whisky y cigarrillos entre Curazao y el Cabo de la Vela en la costa colombiana halló restos del barco en aguas del caribe venezolano. Mi abuela trabajó como una mula para darme de comer, vestirme y educarme. Era una vieja acojonante que se rebuscó la vida solita porque a su esposo, que se ganaba la vida en una pollería de Badalona, lo fusilaron las milicias republicanas en el convento de Las Carmelitas, lugar que habían convertido en cuartel de guerra. Mi abuela me decía entre sollozos que a mi abuelo lo ejecutaron por meros chismes de vecinos: él no pertenecía ni colaboraba con ninguno de los bandos de la guerra civil.

Los artífices de mis desgracias, insisto, fueron los pseudocientíficos y gobernantes de Barcelona. Pseudocientíficos del talante de un tal profesor N. Capo, fantasmagórico personaje que dedicó su vida a estudiar las

treinta curas tróficas del apio. Seguí la corriente de N. Capo por sugerencia de una novia que solo se alimentaba de pan y verduras. La literatura del pseudoprofesor me cambió ciertos hábitos, pero también me volvió maniático. Al Ayuntamiento de Barcelona también le cabe responsabilidad porque desde una de sus oficinas salió el orden de matar.

Fui un trabajador común y corriente que en breve tiempo se volvió un sujeto temerario. Me empleaba de lunes a viernes en una compañía que aún debe tener sus oficinas en el polígono de Sant Joan. Cada día tomaba el metro en la estación de La Barceloneta. Tenía el hábito de tomar en la boca de túnel un ejemplar gratuito del tabloide *20 Minutos*, del que solo me interesaba la sección de la sexóloga Pilar Cristóbal y el sudoku de la penúltima página. En una ocasión iba leyendo la respuesta que la sexóloga daba a un vejete de 78 años acerca de un problema que tenía con su erección, cuando descubrí en la misma página una noticia relacionada con la mierda de las aves. Un grupo de científicos —decía la nota— atribuía a la caca de las palomas la transmisión de enfermedades graves a los humanos. El estudio recopilado en un enorme volumen, cuya fotografía ilustraba el texto, me hizo recordar a los que leí de N. Capo. La información empezó a darme vueltas en la cabeza cuando recordé que esos pajarracos habían tomado como letrina el balcón de mi piso. No era raro encontrar mierda de paloma sobre las cuerdas en las que extendía la ropa. Guardé en mi mochila el ejemplar de *20 Minutos* y me dirigí desde la estación del ferrocarril de Sant Joan hacia mi trabajo, pensando en la mierda de las palomas. En la tarde, cuando volví a casa, lo primero que hice fue ir al balcón a verificar qué tantas cagadas había



sobre las cuerdas, las barandas y el suelo... Eran muchísimas. Desde ese instante una idea se apiñó en mi cerebro: combatiría sin piedad a las palomas de Barcelona.

Antes de encarnizarme con ellas, acudí a los métodos más folclóricos para espantarlas. Me gasté un dineral en la adquisición de los más variados artilugios para enfrentarlas. Comencé con lo más elemental: meras bolsas plásticas de colores vivos sujetas a las cuerdas y las barandas del balcón. Pero, en vez de ahuyentarlas, tuve la impresión de que el revoloteo de los pajarracos se había incrementado. Fue entonces cuando una vecina, que se enorgullecía de los florecidos geranios que cultivaba en su terraza, me animó para que colgara de las cuerdas una docena de cedés. «El brillo de sus superficies en contraste con el sol las mantendrá a raya», sentenció la vecina. Siguiendo sus consejos, enganché una colección de Pablo Milanes que me había obsequiado una activista de derechos humanos con la que salí un par de veces, junto con otros de Pasión Vega y Bertín Osborne que no sé cómo diablos llegaron a mi casa. Como la música compacta fue otro fracaso, seguí el ejemplo de la mayoría del vecindario y acudí a los molinillos de viento. En vista en que no lograba avances, esperé mi salario de fin de mes para adquirir un ahuyentador de pájaros que por el día emitía ultrasonido y en la noche emanaba destellos de luz. El costoso trasto tampoco surtió efecto. Cuando estaba al borde de claudicar, un jubilado de la Policía secreta que frecuentaba el bar L' Electricitat me dijo que el arma más eficaz para sacar de circulación a un ave no muy grande era una pistola de aire. Así empezaron a interesarme estos artefactos.

*Google* resolvió cada uno de los interrogantes que tenía sobre las pistolas de aire comprimido, hasta el punto

de convertirme en pocos días en un teórico de las armas cortas. Las lecturas sobre balística me sedujeron de tal manera, que llegué a pensar que me había equivocado de carrera y que lo mío no era la informática sino la criminalística. Algunos colegas comenzaron a esquivarme en el trabajo porque a la hora de la pausa para comer no hacía sino hablar de la diferencia entre la balística inicial con la de efectos, o les soltaba una cháchara sobre los cañones estriados o los de ánima lisa. Fue la época en que no me perdía un solo capítulo de *CSI*, llegando incluso a contrastar mis conocimientos de criminalista con las hipótesis de los protagonistas de la serie con relación a un crimen.

El siguiente paso fue mucho más fácil. Busqué en el portal de segunda mano ofertas de pistolas de aire comprimido. Tuve suerte. Me hice a dos pistolas Gamo CO2 PX-107 por cincuenta euros, suma insignificante en comparación con la misión que les tenía asignada. En una armería de la calle Parlament compré una caja con doscientos cincuenta balines Gamo Promagnum calibre 4,5 mm. Tenía, pues, en mis manos todos los medios indispensables para iniciar la matanza. Un residuo de mierda disecada que hallé en el cuello de una camisa azul marino de manga larga que me había costado un ojo de la cara fue la excusa para empezar a disparar.

El sonido de una pistola de aire no es como el de una traca, vulgar y estrepitoso... Es más parecido al restallar de un látigo. Sin embargo, tomé precauciones para evitar alguna alarma entre los vecinos. Encendí, con volumen moderado, el reproductor de música con el fin de disimular el sonido de los disparos; luego fui hasta el armario de donde tomé una de las pistolas, la cargué con una petaca de quince balines y, acercándome hasta la ventana que conduce